

FLOYD PATTERSON, VEINTE AÑOS EN LA CUMBRE

"Yo hubiera subido gratis a un ring. Hoy solo se pelea por dinero".

"Como persona me arrepiento de haber aprendido en la escuela de la vida".

Estados Unidos vive de costa a costa una profunda reconversión en el comportamiento de sus gentes. Más que el temor al SIDA, este retraimiento a los tiempos de la conquista del Oeste se debe a la proximidad del cambio de milenio, que ha desatado un furibundo puritanismo acompañado de un frenético afán por comprar productos extranjeros. Casto y dilapidador es la nueva imagen. La moda ahora en América es casarse virgen y tener un coche japonés, todo ello acompañado del bien máspreciado del país: la intocable libertad individual.

Libertad individual que ha hecho posible que el gran manager Cus D'Amato sacara del arroyo para que miraran directamente a las estrellas a dos boxeadores de excepción, Floyd Patterson y Mike Tyson, separados en el tiempo por varios lustros pero unidos por el mismo principio de haber pasado directamente del correccional a la gloria en el cuadrilátero. Con el añadido brillante para Floyd Patterson de haber conquistado la medalla de oro en la categoría de los pesos medios en la Olimpiada de Helsinki, en 1952, la época en la que el mundo del boxeo amateur tenía en el húngaro Laszlo Papp su gran monarca. Floyd Patterson, con diecisiete años, formó parte en la capital finlandesa del llamado "quinteto americano de oro", ya que todos sus componentes ganaron precisamente la Medalla de Oro en sus respectivas finales: Nathan Brooks, en el peso mosca; Charles Adkins, en los ligeros; Floyd Patterson, en medios; Norvel Lee, en semipesados y Ed Sanders, en los grandes pesos.

Ahora, casi treinta y seis años después, he ido a Nueva York para encontrarme cara a cara con Floyd Patterson, un hombre que estuvo nada menos que veinte años en la cumbre y que sería, de no haber aparecido el rutilante Mike "Martillo" Tyson, el campeón del mundo de los grandes pesos más joven de la historia.

La cita es en el número 729 de la Séptima Avenida, entre las calles 48 y 49. Las oficinas pertenecen a una empresa dedicada a la caza de nuevos talentos en la que Floyd Patterson ha presentado un guión para hacer una película sobre su vida, tal

como hicieron en su día Rocky Graziano, con "Marcado por el Odio", que protagonizó Paul Newman, o Jack La Motta con "El Toro del Bronx", magistralmente interpretada por Robert de Niro. Floyd Patterson quiere también inmortalizarse en el celuloide si se le aprueba el proyecto y se encuentra un actor adecuado.

Floyd Patterson me recibe con cordialidad, incluso con un doloroso apretón con su manaza de hierro y una sonrisa que apenas se le borraría de un rostro que alguien definió como "la bondad negra" y que remata un original peinado a lo indio cherokee. O sea, un corte de pelo a cepillo rematado con una especie de mata a modo de visera. Un peinado que llama ciertamente la atención:

--Me alegra que venga usted a verme para hablar de mi pasado olímpico, porque tras una larga carrera me doy cuenta que toda mi nostalgia se centra en Helsinki y el combate que más recuerdo es el que me valdría la Medalla de Oro Olímpica. Quizá porque tenía sólo diecisiete años y porque fueron muchas las emociones vividas. desde el viaje, el primero que hice en avión y en el que casi no pude dormir de tanto mirar por la ventanilla. Luego otras caras, nuevas gentes... inolvidable.

Patterson realmente no ha olvidado, a pesar del tiempo transcurrido. Es más, parece que recuerda la Olimpiada de Helsinki como si ésta se hubiera celebrado ayer. Y le gusta hablar de ella:

--En Helsinki vi por primera vez a un ruso. Recuerdo que los deportistas rusos vivían en un edificio aparte del resto en el que habían colocado en la fachada un gran retrato de uno de sus políticos. Creo que se llamaba Stalin. Recuerdo también que al margen de los boxeadores, que era con quien más contacto tenía, incluso con el sueco Ingemar Johansson, que sería Medalla de Plata en los grandes pesos y con el que me encontraría en varias ocasiones como profesional, trabé amistad con un compatriota llamado Walter Davis, que fue campeón en salto de altura y que era un ejemplo de voluntad para todos, ya que de niño había tenido la polio.

--Usted tampoco tuvo una niñez fácil, que se sepa...

---Pero por culpa mía, no por culpa de una enfermedad, que es peor. Ahora desde la distancia me arrepiento de haber agredido al profesor para que me expulsaran del colegio y haber tenido que aprender en la escuela de la vida. Tuve muchos pequeños problemas con la policía de mi barrio porque yo era un raterillo. Había que ayudar como fuera a mi padre que era ferroviario

cuando vivíamos en Waco (Carolina del Norte) donde yo nací, el 14 de enero de 1935, pero que al trasladarnos a Nueva York se puso a trabajar como albañil durante el día y por la noche descargaba barcos en el muelle. El ambiente de casa, con nueve hermanos y dos hermanas, no era el más idóneo para crecer con las ideas claras, pero...

--¿Sí...?

--Tuve suerte de que una de las pocas ideas claras que yo tenía por entonces fuera buscar una salida a través del boxeo. Yo era fuerte como un toro y no tenía miedo a nada ni a nadie, así que a los quince años subí por primera vez a un ring para partirme las cejas con otro por un miserable bocadillo. Como amateur no gané nunca un penique, aunque le estoy agradecido a la Medalla Olímpica porque me abrió de par en par las puertas de la fama. Ese mismo año de 1952 ya me hice profesional y disputé mis primeros combates ganando quinientos dólares en cada uno de ellos. En los carteles de mi barrio de Brooklyn ponían junto a mi nombre: «el rey del k.o.», lo que me halagaba y además no dejaba de ser verdad, ya que por entonces todos mis combates se resolvían por la vía rápida...

--Y comenzó a escalar la cumbre...

--Sí y no fue difícil. Tuve la suerte de tener el mejor manager que ha habido en América, Cus D'Amato, que me hacía creer ciegamente en mis posibilidades. Así, con veintiún años me convertí en campeón del mundo de los grandes pesos al ganar en Chicago a Archie Moore, que era también aspirante, ya que Rocky Marciano había anunciado su retirada siendo campeón. Por cierto que recordará usted que Rocky Marciano murió en un accidente de aviación, en 1969, en el Estado de Iowa.

--Cuénteme a grandes rasgos su carrera...

--Fue larga y honesta. Comencé con quinientos dólares y acabé ganando más de un millón por combate. Concretamente, en mi último combate profesional ante Muhammad Alí, en Nueva York, me dieron un millón trescientos mil dólares. No debí aceptarlo porque Muhammad estaba en su mejor momento y yo tenía treinta y siete años. Demasiados años para defenderse con garantía, por lo que no es de extrañar que me diese una paliza, aunque más que los golpes lo que más me dolió, fue el colgar los guantes con una derrota. Yo era un boxeador sentimental, no como los de ahora.

--¿Cómo son los de ahora?

--Demasiado materialistas. Sólo se mueven por el dinero. Yo hubiera peleado gratis. Y lo cierto es que ponía sentimiento en

cada combate y en todos mis actos. Agradecido a la medalla olímpica, me gustaba ir a los países escandinavos. Por ejemplo, fui tantas veces a Estocolmo que acabé casándome con una sueca, que me ha dado dos hijos y con la que soy muy feliz.

--¿Quién ha sido para usted el mejor?

--Es muy difícil contestar. Cassius Clay o Muhammad Alí tenía las mejores piernas, como un bailarín. Nunca un peso pesado se ha movido como él en el ring. Joe Louis tenía la mejor pegada y además era mi ídolo porque fuera del ring era una excelente persona y eso también cuenta. Luego está Rocky Marciano. Sí, en el pasado había grandes figuras.

--¿Y ninguna en la actualidad?

--En la actualidad el boxeo está falto de grandes figuras y por eso interesa poco. Yo apenas voy.

Floyd Patterson distrae su tiempo por otros derroteros. Ahora se lanza por el escabroso camino de guionista cinematográfico cuando no descansa en su fabulosa casa de New Paltz, un pequeño pueblo del Estado de Nueva York. En su día supo ahorrar lo suficiente como para poder vivir de las rentas. Veinte años en la cumbre, k.o. a k.o., y catorce disputas del título mundial, dan para mucho. En lo económico, por supuesto. En lo sentimental también, ya que a Patterson sólo pudieron ganarle en el largo periodo comprendido entre 1952 y 1972 ocho veces, por k.o. cinco de ellas. Muhammad Alí lo jubiló.